

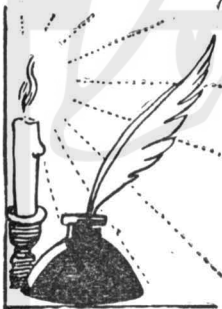
ECA

Estudios Centro Americanos

Año IV — San Salvador, Centro América — Septbre. de 1949 — Núm. 34

Orientación

Hay que definirse



ESTAS palabras van dirigidas principalmente a la juventud. El panorama que el mundo de hoy ofrece al joven, cuando se abre a la vida, es angustioso, descorazonador: «confusionismos en las ideas; inmoralidad en las costumbres; depravación en la vida social; irritantes desigualdades en el régimen económico».

Vivimos una hora trágica y decisiva en la historia «Estamos siendo testigos —lo dice el Papa Pío XII— de un formidable trastorno que puede tener consecuencias más graves que la caída del antiguo Imperio Romano».

A pesar de todo en este caos se va haciendo luz. Y el confusionismo que tanto perturbaba a las gentes de buena voluntad se va aclarando. *Ha llegado la hora de definirse y de tomar posiciones.*

La lucha ideológica se extiende a todos los campos. Nadie se puede considerar inmune. Se lucha en lo religioso, en lo moral y en

el terreno de lo social. Es un momento difícil para todos. Las posturas cómodas no se conciben, ni menos aún el aislacionismo. Ello sería abandonar el campo al enemigo. La vida es lucha continua que no se resuelve acostándose a lo más cómodo.

Si no queremos tomar desde un principio una posición firme elegida por nosotros, puede suceder que al fin, nos encontremos encuadrados en donde jamás lo habíamos soñado.

Día a día se van aclarando las ideas, y, menos mal, las situaciones se van definiendo, porque el enemigo oculto siempre es más peligroso. Conviene estar preparados para dar la batalla. La lucha eterna entre el Bien y el Mal se acentúa, no está en nuestra mano el soslayarla. La manera de vencer al enemigo es enfrentarse con él. Si procedemos con timidez, la ola del mal nos arrastrará. La victoria es de los valientes, de los esforzados, de los que luchan.

El mal se extiende más que por la eficacia de los malos, por la cobardía de los buenos. El mal, como más astuto, procura no enfrentarse, prefiere aprovechar la desgana y el cansancio de los buenos para hacer mejor su agosto. Guardaos de los que vienen a vosotros con piel de oveja, y son lobos rapaces. A éstos por sus obras los conoceréis.

La lucha en nuestros días se ha concretado entre el Oriente y al Occidente, como núcleos de dos civilizaciones irreconciliables y antagónicas que no pueden vivir bajo el mismo techo.

Pero conviene aclarar términos y precisar conceptos para evitar confusiones. Es necesario eludir ambigüedades para poderse definir concretamente. Hoy se enfrentan dos filosofías, dos culturas, dos maneras de concebir la vida, incompatibles.

Oriente y Occidente son términos ambigüos, imprecisos, no definen situaciones concretas, porque no todo lo del Oriente es malo, ni tampoco podemos ni debemos aceptar todo lo del Occidente. Yo concretaría los términos de otra manera: Comunismo y Cristianismo.

Estas son las dos posturas más definidas y las que, a la postre, se van a enfrentar en toda su cruda realidad.

El comunismo encarna la filosofía materialista y atea, basada en el error y apoyada por la fuerza, contrapuesta en todo a la filosofía cristiana. El comunismo propugna la cultura con negación absoluta de lo espiritual, en franca oposición a la cultura espiritualista del cristianismo. Por consiguiente la concepción del mundo es en ambos sistemas diametralmente opuesta. Los unos conciben al hombre como un ser intrascendente, material, sin más finalidad que la plena satisfacción de los sen-

tidos. Sin embargo, para la filosofía cristiana, es el hombre un ser hijo de Dios, con finalidad trascendente, con destino eterno.

Con esto quedan los campos bien definidos. Y pronto serán éstas las dos posiciones únicas. Las medias tintas, las acomodaciones, serán, o negación de la verdad, o claudicación. El que no está conmigo está contra mí, palabras de Jesucristo. La terrible excomunión lanzada contra los católicos que dan su nombre a los partidos comunistas, o contra los propagadores de su doctrina, confirma nuestro aserto: o con Dios, o contra Dios.

No nos importe el que se nos moteje de intransigentes. Si estamos con la verdad, ella, tarde o temprano, nos defenderá. Estemos persuadidos de que se nos ha de atacar por nuestro tesón y firmeza. Cuando en nuestro camino encontremos hermanos nuestros desconocedores de Dios y de su ley, enfangados en el vicio y en el error, no los despreciamos, puesto que todo ser humano merece respeto, pero no claudiquemos. Tendámosles la mano, sí, pero sin apartarnos de la verdad. Porque la verdad tiene sus fueros sagrados incondicionales. Cuando se nos quiera arrebatar lo que es verdadero o justo, no olvidemos, claro está, la prudencia, (la prudencia no es el miedo, ni la mentida comodidad). Sirvamos a la caridad, pero hablemos, *definamos con insistencia nuestro pensamiento y nuestra postura.*

En los ataques de los adversarios a nuestros ideales es cómodo el callar, es cómodo el no luchar, y es más cómodo aún el dejar el campo al enemigo, pero esto lo hacen los cobardes, los espíritus no bien templados, los no convencidos. La lucha, el enfrentarse al enemigo siempre cuesta, y sobre todo a los comienzos, y allí donde el ambiente es frío. Mas sólo los que se hacen violencia conquistarán el reino de los cielos. El que se avergonzare de mí delante de los hombres, yo también me avergonzaré de él, ante mi Padre. Palabras de Jesucristo que nos deben estimular al trabajo, a la lucha y al sacrificio.

Concretemos más nuestra situación, y que nuestra postura sea definida, viril y enérgica.

Para derribar al comunismo no basta con ser anticomunista. El anticomunista es un ser indefinido, porque solamente indica lo que no es, y nada nos dice de lo que es. Dentro del anticomunismo caben situaciones erróneas, posiciones falsas, fines bastardos.

Al comunismo se le vencerá únicamente con el cristianismo neto, vivido en toda su realidad: oponiendo a sus pensamientos nuestras creencias: a su materialismo, nuestra espiritualidad: a sus obras, nuestras realidades, y a su mística nuestra fe en Cristo.

La razón está de nuestra parte, y también la verdad. Resta, por consiguiente, que seamos razonables con nuestro pensar, y que vivamos sinceramente nuestra verdad. Y para que esta verdad sea continua y permanente en nosotros es necesario vivir obsesionados con ella, llenos de espíritu y de ideales, con pureza de alma. Tenemos que ser sinceros en nuestras obras, sacrificados en nuestro proceder, hombres nobles y generosos, de vida interior, dispuestos a renovar todo con nuestra conquista y a darlo todo por nuestra verdad.

No basta con ser anticomunista. Si los comunistas tienen sus afanes de expansión, de lucha, de conquista, de heroísmo, que con frecuencia y para ejemplo nuestro, los lleva hasta la muerte, nosotros les hemos de dar a entender que también los tenemos, y que queremos vivir la realidad de nuestro cristianismo, con sus espléndidas realidades. Les hemos de mostrar también nuestra inquietud por todo lo grande: el afán y el deseo de realizar el quehacer de cada día, de cada hora, de cada momento conforme al ideal cristiano, para convencerles, con obras, de la grandeza y de la verdad que profesamos.

Un joven sin ideal es una nave sin sumo, a merced del viento y de las olas. Si no vivimos el ideal de Cristo, nuestro afán de conquista, de regeneración, será ineficaz.

No basta con ser anticomunista. Hay que ser católico de verdad, católico cien por cien, íntegro, de tal modo que con nuestro modo de ser y de obrar hagamos falsas las acusaciones que ellos, los contrarios a nuestra fe, nos lanzan a la cara.

Rechacemos al ser amorfo, al incapaz de nada, porque es un gran inútil para sí y para la sociedad. Dadme un joven convencido de su fe y tendremos un apóstol, un conquistador. Imaginaos a un joven con el ideal cristiano y veréis a otro Cristo en la tierra.

Hoy gran parte de la juventud carece de ideales, e incapaz de pensar y obrar por cuenta propia, es fácilmente manejada por los más atrevidos e irresponsables.

No basta con ser anticomunista. El estado actual del mundo nos pide algo más, y sobre todo a la juventud. El joven de hoy si no quiere ser un estéril, un inservible, tiene que tener conciencia de su misión, mentalidad clara y sana, corazón limpio y enardecido de ideales sagrados. Las circunstancias del momento le exigen que sea enemigo de retiradas cobardes, de posturas cómodas; luchador capaz de enfrentarse

consigo mismo y con las dificultades de su vida; sin acobardarse ante los problemas del presente y firme ante la oposición de sus pasiones. En la coyuntura del momento no basta con ser anticomunista. Tenemos que vivir el catolicismo integralmente. Nuestro dogma y nuestra moral tienen que marchar de consuno. Al comunismo lo venceremos únicamente con el catolicismo llevado hasta sus últimas consecuencias, y esto bajo todos los aspectos. Debemos ser católicos ante Dios y ante la sociedad, en las creencias, en lo social, siempre. Seamos consecuentes y no vivamos un catolicismo manco y mutilado. Para terminar os diré con Pío XII: «Sed hombres, verdaderos hombres...hombres íntegros, firmes, enérgicos,... católicos, verdaderos católicos». Así, y sólo así, se forjará la juventud que la patria anhela y que la Iglesia necesita.

Basiliano Muruzábal S.J.

